



Arriba: Tetuán visto desde las blancas azoteas. Dos fotografías de un encantador de ofidios, acompañado de panderos. Uno de los barrios de la citada ciudad del protectorado español. A la derecha, arriba: aspecto pintoresco de una calle típica y, abajo, Fuente característica de la Puerta de la Reina, en Tetuán.

¿Es que existe un misterio en estas tierras marroquíes? Si a la palabra «misterio» le damos la significación de hechizo, prestigio o encanto, existe el misterio indudablemente. Lo advertimos los que aquí llevamos algún tiempo, y con mayor razón el que, forastero de primera estancia, se zambulle de súbito en estos zocos, en estos recintos amurallados y en estas medinas. Sitúase dicho forastero en la Avenida del Generalísimo y lo único que nota es que nada ha cambiado: puede estar en Málaga, en Alicante o en Cádiz. Avanza hasta la Plaza de España y advierte que algo ha cambiado en derredor... Interiormente nota un cierto desasosiego, la impresión de que algo le falta o algo le sobra, como ocurre en el Sáhara cuando descubrimos algunos huesos calcinados que presagian el advenimiento de la terrible sorpresa. Son, en esta Plaza de extraña mixtura, las torres de las «zauías» (cofradías religiosas) en vecindad con europeas construcciones que, a pesar de sus líneas, delatan la utilidad por encima del estilo. Pero he aquí que atravesamos un arco, un simple arco de herradura, y todo varía. De pronto nos hemos sumergido en pleno siglo XV de una raza que no es la latina.

Imaginad que acabáis de leer una novelita de Paul Bourget y que al volver una sola página del mismo volumen penetráis de lleno en un relato de Dostoievski, no otro es el contraste. Un solo arco separa dos épocas, dos razas, dos concepciones distintas de la vida. Podría asegurar el que ha entrado en la medina tetuani que está en una callejuela típica de Salónica, en un barrio antiguo de El Cairo o en un «bazar» de Constantinopla. Todo ello le es ajeno y le atrae; a la vez distante y próximo. La medina, o barrio moro de Tetuán, permanece intacta desde la época de su fundador Sidi Mandri, aquel moro que estuvo en las guerras de Granada y que no llegó a ver el desastre de la Alhambra. Poco a poco se amplió en el decurso de un siglo, y allí están las viejas piedras de las murallas y el «borch» que dibujan el primitivo perímetro; pero a partir de entonces, lejos de cualquier arquitectura geométrica, con capas sucesivas de cal, cal de siglos, se han ido deformando perfiles y aristas para ceder a un estilo primitivo y coincide que hace las delicias de un pintor de mal pulso.

Bien está el paisaje urbano del inagotable barrio moro, con sus recovecos, azoteas y alminares donde el almuedano invita a la oración cinco veces al día; pero es mucho más interesante el material humano que lo recorre una y cien veces sin aparente motivo. Ahora bien, es de advertir que si no son escasos los caballeros andantes, prevalecen en número los parados. Y este es nuestro asombro. La suprema delicia del moro reside en sentarse en la calle, apoyadas las espaldas contra el muro de cal. Y ahora su único oficio consiste en contemplar el desfile de los demás. Horas y horas en la misma actitud, los encontraréis inmóviles por la mañana, al mediodía y al caer de la tarde. O no tienen necesidades o han aprendido a reducir las al mínimo. Y en este aspecto, tanto cuenta Tetuán, como Alcazarquivir o Marrakech. Yo le he preguntado a uno de estos eternos sedentes el placer que le presta tan larga y tácita observación y me ha contestado:

—Vosotros buscáis la felicidad a costa de penosas desgarraduras de la mente y el corazón, y nosotros la hemos encontrado sin esfuerzo.  
 —¿Cuál es?  
 —La seguridad de que nada que hagamos torcerá el destino que Alláh nos ha señalado a cada uno de nosotros.  
 Esta fuerza pasiva es terrible porque conspira a la inercia de la materia. Toda la inteligencia humana se afana en una sola cosa: en idear móviles que rompan esa inercia inicial, y he aquí que estos hombres viven en estado de pureza, es decir, de naturaleza inerte y absoluta.

Os acercáis a un «bacalito», una tiendecilla del barrio. El indígena, como la naturaleza, siente horror al vacío. ¿Cómo imaginarse que las variadas mercancías de un «bacalito» ocupan un volumen tres, cuatro, diez veces mayor que el espacio de la tienda misma? ¿A quién se le ocurrirá que en la medina triunfe una física absurda y una geometría que excede de las tres dimensiones euclídeas? Ved a su dueño tendido entre babuchas, cojines, bandejas, teteras y viejos faroles. Tiene entre sus manos el rosario de las noventa y nueve cuentas, cada una de las cuales representa una «surah» koránica; mal momento para in-



# Marruecos misterioso



Arriba: Zoco del pan; templo y pérgolas de la plaza de España, de Tetuán; reclinator de historias, acompañándose de la «derbukas» y un indígena rezando junto a la mesquita montañera. A la izquierda, arriba: una típica calle de Tetuán. Abajo: Moro a la puerta de un «bacalito».

terrumpirle. Preguntadle por un objeto cualquiera de la tienda, y tardará cinco minutos en decirnos que lo cojáis por vosotros mismos. Inquirid el precio; al cabo de otros cinco os contestará con un rabillo de la boca, porque el resto es para la oración. Replicadle que es caro y ya no os atenderá en absoluto.

Junto a esta inmovilidad contrasta el tipo «ardilla», pero éste ya no es árabe, sino bereber. El árabe es el hombre de la ciudad, sereno, reposado, señorial. El bereber es el habitante de la montaña, enjuto, nervioso; el que va y viene y no se detiene. Observarle: se acerca a una rifeña tatuada que vende un pan de cebada: el bereber lo toma en sus manos, lo vuelve de la otra cara, lo sopesa, pregunta el precio, vuelve a hacerle girar y lo deja. Al cabo de dos minutos está otra vez junto a la vieja rifeña; más giros y contragiros al pan, de nuevo pulsa para calcular el peso; está harto de saber su precio, supuesto que todos los días es el mismo; no obstante lo indaga, lo medita, pasa el pan de una mano a la otra y al fin lo abandona. Pero regresará dos veces, cuatro veces más para repetir el mismo avatar, y a la vieja rifeña tatuada le parecerá natural e incansablemente mantendrá el precio.

Estas gentes no viven en el tiempo, sino en la eternidad, que es justamente la ausencia del tiempo. Por eso ignoran los años que tienen: no cuentan por el sol; en todo caso, por lunas, que son muchas y las olvidan. Este sabe que nació «cuando Muley Hassán», y el otro, que conoció a Abd el Azis: sus calendarios no alcanzan a más.

Ahora bien: los admirables son los nocturnos. El barrio moro está de noche lleno de atracción y de misterio. En un silencio cósmico procuraréis extraviaros adrede por las callejuelas cubiertas de túneles: un farolillo soñoliento y lejano indica que el callejón se flexiona para marcar dirección distinta. Camináis despacio guiados por los guijarros de la calzada; creéis que la soledad es completa y de pronto sentís una alentada que casi hiere el rostro. Una sombra grisácea e inmóvil está pegada a la pared. ¿Qué hace? ¿Suspira? ¿Medita? ¿Reza? Imposible saberlo. Una hora más tarde volveréis por el mismo camino y allí continuará la sombra inmóvil, callada, héroe contemplativo, señor de la soledad y el silencio, que a nadie espera ni nada quiere.

Ved en la Guersa Kebira a ese juglar que cuenta historias de los tiempos de la Hégira. No descansa en su parloteo, no vacila, no roza una sola consonante... Habla y habla: sus labios se llenan de espuma... El auditorio le forma corro y deja correr las horas sin perder una sílaba. Atisbamos los rostros para descubrir alguna emoción... ¿Una sonrisa? ¡Jamás! Oyen con seriedad profunda... Tal vez han escuchado la misma historia en cien ocasiones; no importa. El que habla es un «santo» cuya chilaba de tela de saco se cae en andrajos. De pronto los oyentes juntan las manos con las palmas hacia arriba en actitud de oración, si bien los labios permanecen inmóviles. ¿Qué dice el rapsoda? En aquella laguna pululaban las cigüeñas: el agua les llegaba solamente a la mitad de las patas: bajaban el cuello, hundían el pico en el légamo y extraían una lombriz... Por allí pasó el Profeta quien arrojó a la laguna la llave de su casa de la Mecca para que nadie la profanara cuando huyó a Medina: hace 1.375 años que la llave está descendiendo por el seno de las aguas sin haber llegado todavía a su fondo... «hamdú lil lah»... gracias a Dios.

Todo es extraño en estas tierras rojas y verdes. Los árabes no creen en los «santos», porque no admiten intermediarios entre Alláh y el creyente; pero los bereberes han llenado el territorio de morabitos; los árabes no admiten divindades profanas, pero los bereberes celebran la «fiesta del agua», que trasciende toda ella a pagania; los árabes no son supersticiosos, sin embargo los bereberes creen en los conjuros, en la virtud de las adelfas, en el ajo, en las piedras que curan y matan.

Esto en la Zona feliz. ¿Y en Tánger? En Tánger todo es mezcla, abigarramiento, desorden y caos. ¿De dónde viene ese «hamacha» que arroja la afilada hacha por los aires y espera el corte en el cráneo mondo? ¿De dónde ese encantador de serpientes que deja que un bífido le muerda la lengua, de la que brota un chorro de sangre? ¿De dónde ese bailarín que cae al suelo entre convulsiones y espumarajos? ¡Ah, Marruecos misterioso!